

Óscar Quezada

Parajes de *La enseñada**

*No por sus méritos sino por la Poesía hace
el hombre de la tierra su morada*

HÖLDERLIN

Voy a construir, en este comentario, mi “relato” de una lectura que se mueve lúdicamente por algunas de las constelaciones o redes figurativas del mencionado poemario que más me han atrapado y seducido.

Ante todo, es digna de destacar la sobriedad y la fuerza expresiva con las que Alfonso Cisneros Cox asume el canon del haibun. Uno de los efectos de sentido más fascinantes de este género tradicional de discurso es el cambio, la alternancia, la sutil modulación entre la secuencia narrativa inicial (que crea un escenario figurativo en un paisaje desolado de playa,

* Cisneros Cox, Alfonso. *La enseñada*. Lima: Ediciones Caracol, 2007. Los haibun de la mencionada obra referidos en este breve ensayo aparecen completos en el anexo.

un ámbito cognitivo marcado por la profundidad de deslumbrantes sinestesias y metáforas, una tonalidad anímica de perfiles nostálgicos), y la súbita irrupción de la breve y poderosa secuencia final del haiku, evento poético que concentra, condensa, sume y acentúa el despliegue anterior.

El estilo tensivo del haibun parece ser, pues, el de la ascendencia: la prosa poética de la narrativa inicial crea un “estado de cosas”, homogéneo con un “estado de ánimo”, que prepara la eficaz intrusión del haiku final que, con muy pocas palabras, produce una suerte de paroxismo estético. La ascendencia tiene como punto de partida la permanencia, la persistencia de un “estado” vivido por el sujeto; esos estados marcan la tónica dominante en cada uno de los acápites: el solitario deambular (I: 6 poemas), los juegos y aventuras del nosotros (II: 10 poemas), los trajines de dudas y angustias (III: 8 poemas), ensueños, pesadilla y arrullo (IV: 2 poemas).

La duración es el núcleo de esos “estados” instituidos por la secuencia inicial. Dichos estados presuponen una lentitud. Cabría decir que “no pasan”, pueden ser considerados como la pintura de retratos, como la construcción de la identidad de un sujeto de la *mira*, de un sujeto intencional. El evento final del haiku —en la cúspide de la ascendencia— *capta* a ese sujeto, lo *secuestra*, lo desliga de sus competencias modales y lo transforma en sujeto del *asombro*. El evento del haiku destruye la duración, pero la ascendencia que la secuencia narrativa previa desarrolla, despliega ante el sujeto el tiempo de unos acontecimientos cotidianos, de unas misteriosas aventuras —como aquel naufragio de “El Gran Corte” (p. 25)—, de unas felices costumbres —como el buceo al “Templo de caracoles” (p. 31)— o de unas implacables ansiedades y espantos (p. 65).

En consecuencia, el Haibun aparece como género de discurso en el que razón poética y razón narrativa se reconcilian e integran un solo impulso creador.

Ahora bien, *La enseñada* aparece como símbolo recuperado por el yo-poético para denominar su discurso, símbolo espacial, breve juntura curva de orilla, pequeña playa que aloja, que acoge, que capta al inmenso mar. De otro lado, el mar parece meterse a ese recodo de tierra, parece sumirse o acantonarse en él. Ese símbolo espacial de *La enseñada* queda configurado como hábitat o morada en la que el poeta toma posición, mágica bahía que detiene y retiene memorias, que abre y cierra una profundidad de afectos. (Quipa significa quédense). Esa es la consigna de la lectura, el guiño que hace el enunciador a su enunciatario. Quédese aquí, conmigo, en este refugio que, finalmente, es un refugio maternal. (Pues el simbolismo de la madre se relaciona, a la vez, con la mar y con la tierra, en cuanto una y otra son otros tantos receptáculos y matrices de la vida, símbolos del cuerpo maternal: “Mi madre sacudiendo la mañana, sacudiendo el polvo que se enreda en su piel, y su voz como una campana resonando por todo el litoral”, p. 63).

Esa profundidad de afectos, a la que he hecho mención, hace coexistir muchas “capas” y dimensiones de significación del discurso: las caminatas o andanzas —idas y venidas del yo por las “enigmáticas orillas de La Quipa” o por sus dunas y peñascos— los personajes principales son esos: el yo y La Quipa, el continuo resonar de las olas, los múltiples tornasoles crepusculares de la luz y de las sombras, “las dunas tendidas ante la quietud dibujando distintas sombras que el viento evocaba junto al arrebatador cielo de la tarde” (p. 9).

Sobre la tarde
medusas en el agua:
las olas pasan. (p. 9)

Las ubicuas olas van a ser un motivo recurrente: hilan, tejen, cantan, danzan, murmullan, hacen y deshacen sin cesar sus bordados líquidos en una música grave y continua que parece venir del fondo de casi todos los poemas de *La enseñada*. “La arena era blanca y más blanca bajo el reflejo de los ojos, escuchando en transparentes horas el sonido de las olas” (p. 11).

Noche estrellada.
Al amanecer
conchas blancas. (p. 11)

Las estrellas —ventanas en la esfera del mundo— traspasan con su luz la oscuridad de la noche. El amanecer toma el relevo de la luz y prepara el blanco. Las estrellas se hacen conchas blancas. El cielo se encuentra en el mar, con el mar. Las conchas evocan las aguas en donde adquieren su forma. Su dibujo y su profundidad de caracola aluden a la matriz femenina, al nacimiento de Afrodita, a la luna que preside el nacimiento de la vida. Las conchas se solidarizan con ese principio cosmológico luna-agua-mujer que, al amanecer, regenera el mundo.

Luego, el motivo de las “pequeñísimas gaviotas”, propietarias de la luz del día asociadas a “un torbellino de plata”, invitan a la expansión de un mundo diurno. El vuelo predispone a las aves para ser símbolos de las relaciones entre cielo y tierra. Son la ligereza, la liberación de la pesadez terrenal pero, luego del haiku que dice: “Desnuda la orilla. / Las gaviotas deambulan / peñas ocultas” (p. 13).

El discurso poético funde verbo con sustantivo: “Desnuda la orilla” y convierte, además, de modo imprevisto, aquel intransitivo “deambulan” en un transitivo “deambulan / peñas”. Recae así, con toda su intensidad, en la oculta inmovilidad, en la inmutabilidad, en la dureza, en lo compacto.

Grito de aves...
al fondo ecos
descascarándose. (p. 23)

De nuevo, el verbo final consume una sinestesia que convierte lo efímero de los gritos y los ecos en revestimiento, en barniz o costra.

O de nuevo, en el mismo (y otro) escenario, a propósito de la música de Panchito, el pescador, la dinámica del deambular: “Deambulando / a lo largo de la playa / cantos de alta mar” (p. 35).

El canto de una vida previamente contada, recitada, transita ahora por la playa como el soplo de la criatura respondiendo al soplo creador.

En estos, y otros posibles ejemplos, una orientación discursiva fluye del cuerpo sensible de ese *yo* poético que “dice el mundo” e impone, así, en el campo engendrado por la lectura del poemario, la posición de las fuentes intencionales y los blancos del afecto. En *La enseñada*, el *yo*-cuerpo ocupa, pues, el centro del campo como fuente de las miras intencionales: olas, estrellas, gaviotas, gritos, cantos. La mira es una operación que tiene que ver con la mayor o menor intensidad de presencias puestas o no como blanco y captadas predominantemente con la mirada, aunque también con el olfato y el tacto: “El *aroma* del mar despertaba las horas y el sol *laceraba* la piel junto a los peñascos y arrecifes, hacia el reposo

de la luz” (p. 9). E incluso un poema como “Por la luz de la quebrada” (p. 15) pone en evidencia la captación desde la *carne* misma como instancia enunciante que resiste o colabora con la acción transformadora de los estados de cosas. El blanco es, primero, “algo perdido” que “suena por la luz de la quebrada” pero cuyo movimiento da lugar a una profundidad regresiva, invasora, que posee al cuerpo... Luego, el blanco es un “zumbido” que “quema el interior de mi boca cuando hablo o dejo de callar”.

En fin, de los blancos de intencionalidad (o fuentes de afecto) emergen, súbitos, embragues que ‘presentifican’ al yo-aquí-ahora: “Mágicas, aquellas noches estrelladas aún resueñan en *mi* conciencia iluminada por centelleantes lamparines” (p. 9). Esas presencias no son solo cualidades sensibles (“noches estrelladas”, “gaviotas deambulan”), son sobre todo caracteres expresivos encarnados en el modo como se configuran y ensamblan las diversas entidades del paisaje y del ánimo. Se pregunta Bachelard: “¿Podríamos acaso describir el pasado sin recurrir a imágenes de la profundidad? ¿Y podríamos tener una imagen de la profundidad plena sin haber meditado antes al borde de un agua profunda? El pasado de nuestra alma es un agua profunda” (*El agua y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económica).

Desde la profundidad como pasado, como allá diluido, mezclado, cabe percatarnos del dominio del pretérito imperfecto en el poemario. Esa ‘modalización’ da forma a las presencias, en tanto configuraciones y actores de la ensenada, y al *tú*, que irrumpe cual aparición entre las apariencias: “Pero un quejido de pasos resonó crujiendo por el muelle, y eras tú caminando bajo la luna, caminando bajo la sombra, con tus ojos siempre detenidos” (p. 19). O “Nunca olvidaré el momento en que *te* vi por primera vez, destellando esa extraña y

dulce melodía que hasta ahora logro tararear” (p. 33). Imposible dejar de leer esa presencia femenina como la luminosa encarnación de uno de esos nuevos amores con los que “cada verano *nos* alumbraba” (p. 9). No obstante, si bien el *yo* suele confesar su pertenencia a un *nosotros* (sobre todo en el segundo acápite), el *tú*, cuando aparece, reivindica la magia de su singularidad: “Cuando callas / todo permanece / pensativo” (p. 19).

Noche de verano:
tu silencio apaga
mi silencio. (p. 33)

El silencio y el mutismo tienen significaciones distintas. El silencio es un preludio de apertura a la revelación. Ese callar del *tú* o ese su silencio, no es un mero mutismo que cierre el camino a la revelación, es más bien un evento que abre un misterioso pasaje al sentimiento primordial del “todo” que “permanece pensativo” o de una presencia de tal intensidad que *apaga* la del *yo*. Según las tradiciones hubo un silencio antes de la creación y habrá un silencio al fin de los tiempos: lo pensativo del todo está más allá de los pensamientos de cualquiera. Lo pensativo trasciende al pensamiento. El pensamiento pesa, sopesa, determina, analiza, sintetiza; su tiempo propio, lógico, racional, es la duración. Lo pensativo, más bien, deja ser todo en su inanidad, en su liviandad, en su reveladora levedad: emerge, pues, como eternidad parida por el instante mismo en el que calla la voz de la amada. En el que su silencio pesa más que cualquier otro. Pero gravita también el enclaustramiento del *yo* en una prestidigitación de guijarros compuesta como canción, expresión que no devendrá nunca comunicación: “Multi-

plicaré las piedras haciéndolas resonar como quien compone una canción que jamás escucharás” (p. 59).

Ese *tú*, aunque ausente, es presencia fuerte, única. Los personajes de las aventuras del segundo acápite: Angélica, Ricardito, Lucho, Fai, Coqui, el tío Manuel, el padre Romaña, Panchito el pescador, el tío Antonio, Manolo, la tía Chita, Fortunato, mamá Adela... Son también presencias tónicas. Y en el cuarto acápite, mi madre, mi padre, “la voz de Emilia arrullándome con su ausente corazón” (p. 65). Son personas que pueden ya no ser, pueden ya no estar. Pero se ponen a ser, se ponen a estar. ¿Cómo lo ausente puede estar presente? Porque los hombres somos seres de lenguaje, de poesía, de discurso. Si la percepción hace presente a las entidades, ánimas y personajes de la ensenada con la ayuda del cuerpo, entonces, la enunciación (del poema) las hace presente con la ayuda del lenguaje. Pero hay algo muy importante que no debemos pasar por alto: poesías como las de Alfonso Cisneros Cox nos enseñan que el habla está constituida también por silencios y que al decir se efectúa la reveladora mudez del contorno. El auténtico poeta dicente tiene que ser, de algún modo, silente, o sea, capaz de renunciar a decir muchas cosas para poder hablar con verdad, justeza y belleza. La alquimia poética esboza una ecuación diferente entre manifestaciones y silencio. Hay que saber callar unas cosas para decir otras pero tanto las calladas como las dichas hacen a su modo el poema. El del “Tío Antonio” (p. 37) es, en ese sentido, paradigmático. Y el haiku que lo corona: “De tanto y nada / se tambalean / las palabras”.

No solo es un novedoso haiku casi abstracto sino que enuncia con contundencia ese intervalo entre *demasiado* y *demasiado poco*, condición misma de la tensa y cambiante existencia del lenguaje humano.

Por lo demás, ante un poema —y las dos secuencias del haibun lo son— probamos lo que Cassirer llamaba percepción de expresión. Las cosas no son solo cosas, pueden ser además expresiones poéticas que hacen presente algo más allá de ellas. Los afectos de ese *tú* y de esos personajes que tocan al *yo* poético están presentes en las cosas mismas, pero también en sus auras, en sus sombras, en sus fantasmas. Esa intensidad de sus presencias ausentes caracteriza, tiñe y baña la relación que el yo-poético contrae con el mundo. Esa tensión dirigida a un mundo cuyo centro es él mismo.

Sorprende, de nuevo, la ubicuidad de las imágenes del agua. Está en los lugares más sublimes. Comprendemos el pasado del alma enunciada como un agua profunda, decíamos. En la naturaleza sigue siendo el agua la que ve, sigue siendo el agua la que sueña. En el imaginario de Cisneros Cox, el estanque hace al jardín, la mar hace al mundo. Todo parece componerse en torno a un agua que piensa. Con la fuerza del sueño poético y de la contemplación del cosmos, el agua aparece como la mirada de la tierra, o más bien, como su aparato de mirar el tiempo.

I

LA ENSENADA

Por la ensenada recorría las enigmáticas orillas de La Quipa.
Las olas resonaban una tras otra sorteando malaguas, boyas, yuyos,
dejando impresas mis huellas sobre la arena.
El aroma del mar despertaba las horas
y el sol laceraba la piel junto a los peñascos
y arrecifes, hacia el reposo de la luz.
Abandonadas, las dunas aparecían tendidas ante la quietud,
dibujando distintas sombras
que el viento evocaba junto al arrebatador cielo de la tarde
y fugaces remolinos en la profundidad de la piedra.
Mágicas, aquellas noches estrelladas aún resuenan
en mi conciencia iluminada por centelleantes lamparines.
Cada verano nos alumbraba un nuevo amor: eternas promesas
que sólo conserva la ensenada
y la tinta diluyéndose lentamente sobre el papel.

*Sobre la tarde
medusas en el agua:
las olas pasan.*

A LO LARGO DE LA PLAYA

La noche encendía estrellas a lo largo de la playa.
Contaba resplandecientes luceros
que imaginaba como el tesoro de un mago construyendo
imágenes desde el recreo de su excitada mente.
La arena era blanca y más blanca bajo el reflejo de los ojos,
escuchando en transparentes horas el sonido de las olas.
Una, tres, cinco, siete, quince, iba sumando
hasta que la mirada dejaba de brillar
y volvían a esconderse los astros luminosos.
Así, sumergido en noches oscuras y tenebrosas,
inventé el universo,
entre cánticos de agua y lejanos pensamientos,
como quien va lavando sus heridas.

*Noche estrellada.
Al amanecer
conchas blancas.*

NIDO DE AVES

Un torbellino de plata sacudió la arena abandonada.
Como aroma de flores giraban pequeñísimas gaviotas
abrazadas al arco iris de luz cambiante.
Caminaba sin rumbo entre dunas interminables.
Un viento minúsculo trazaba sus propias huellas
y las aves anidaban sus vientres en perfecto reposo.
La danza peregrina del mar me seducía entre escombros
como la paz que al contemplarla
es deseo de aquel que no la tiene.

*Desnuda la orilla.
Las gaviotas deambulan
peñas ocultas.*

POR LA LUZ DE LA QUEBRADA

Algo perdido suena por la luz de la quebrada.
Aparece en mis pies, en las rodillas,
subiendo hacia la parte más negra de mi cuerpo,
como un manto cubriéndose de amarillo, marrón, blanco,
desnudando mi ropa o algún miembro desprendido.
Un zumbido quema el interior de mi boca
cuando hablo o dejo de callar,
como el sufrimiento de las piedras perdidas hacia el horizonte
de tierras invisibles. La sangre de una constelación
vuelve a aparecer dentro de un agujero secreto, inoportuno.
Y me despierto entre peces y agallas.
Y duermo profundamente
dejando resonar los antiguos sonidos del mar
o los ancestros ausentes por desiertos despoblados.

*En cada ángulo
pregunto tu extensión,
menuda arena.*

EN EL DESIERTO

En el desierto las piedras hablan.
No importa que sus preguntas desaparezcan con el viento
o la extremada quietud del horizonte.
Rodeado por dunas, vivía extasiado ante la luz del alba.
Las nubes depositaban las más bellas ofrendas
en las frías aguas de mi cuerpo.
Llegué a poblar palabras con antiguos acertijos
y supe que el deleite consistía en desear el error
y juntar las voces de la noche para contemplar
un nuevo rostro limpio entre las rendijas,
o presenciar la borrosa presencia del mar.
Algo extraño presentí cuando de pronto apareció
una vaga sensación en mi piel.
Ahí nació el poema.

*Lo escrito en el papel
lo lee ahora
el agua mansa.*

LLUVIA DE ESTRELLAS

Llovían estrellas en el cielo como música en el agua.
El espejo de la ensenada iluminaba horas translúcidas.
Atrapar la luna con la mano era la más bella ilusión,
aunque su reflejo se desvaneciera entre los dedos.
Lográbamos develar el sonido más perfecto del horizonte,
abriendo ventanas de la única morada y el murmullo de las olas
resonando en la quietud de nuestros cuerpos.
Esperábamos poblar de música las horas de la memoria
y juntar las estrellas reflejándose en el agua.
Pero un quejido de pasos resonó crujiendo por el muelle,
y eras tú caminando bajo la luna, caminando bajo la sombra,
con tus ojos siempre detenidos.

*Cuando callas
todo permanece
pensativo.*

II

CAMINO HACIA LA TIZA

Después de un largo trecho llegamos a La Tiza,
luego de andar interminables dunas y sombras
caminando bajo nuestros pies.

Otros arribaron por mar, eludiendo un fuerte oleaje.
Éramos todos los que éramos después de llegar triunfantes
al desconocido templo de arena y piedra.

Al pie del Cerro Cortado sentimos el imponente desfiladero
de un rostro impenetrable.

En la cumbre reposaba la niebla o el perfil de un cóndor
deseñido por la luz.

Guiados por Angélica, iniciamos el ascenso a las altas cumbres
de ese inmenso cementerio que extiende el litoral,
por donde duermen nuestros ancestros entre calaveras, telares, sandalias,
vasos de arcilla carcomidos por el tiempo. Dedicábamos horas enteras
a buscar prendas insospechadas sepultadas por la muerte.

Después, regresábamos rendidos de tanta caminata a nuestra morada,
mostrando los trofeos que recelosos ocultábamos en un altar.

La osamenta de Teodolinda habita en algún lugar secreto
de nuestra casa y sigue siendo nuestra alma protectora.

Los pasos que se escuchan al amanecer son el aura de desgastadas ojotas,
que a muchos nos despiertan o tranquilamente nos dejan reposar,
sabiendo que las sombras de los antiguos habitantes
son reliquias que poseemos,
mientras ellos protegen nuestra desconsolada calma.

*Grito de aves...
al fondo ecos
descascarándose.*

EL GRAN CORTE

Debíamos sortear la baja, deslizarnos hacia la cueva de los lobos y avanzar amenazantes por la intensa marejada.

Cerca de Piedritas nos esperaba la gran proeza: cruzar El Gran Corte. Los pescadores de Pucusana podían hacerlo en pequeños *peque peques* protegidos por llantas desgastadas, sujetas a desteñidas proas.

Ricardito, Lucho, Fai y Coqui eran los jefes de la arriesgada expedición, y la chalana del tío Manuel, nuestro pequeño galeón.

“¿Si los depredadores de nuestra fauna marina podían atravesar en sus barcazas el temible desfiladero, por qué nosotros no?”, repetíamos, al acercarnos cada vez más hacia el vértigo de la traicionera marea.

Durante ese instante no recordamos nada.

Una profunda explosión estalló y numerosos trozos de madera saltaron dispersándose por el aire hacia las peñas y el continuo estruendo de las olas.

Flotando a la deriva, gritamos nuestros nombres extendiendo brazos y voces entrecortadas que poco a poco lanzábamos al vacío, en tanto botes extraños se acercaban al rescate.

Durante más de un mes no salimos de nuestra casa de playa, y permanecemos reclusos entre libros y tareas insoportables, sin hablarnos ni recibir los saludos del tío Manuel, quien trataba de reconstruir su maltrecha embarcación.

*Mar embravecido...
Cómo se lamenta
la cueva de los lobos.*

EL CERRO NEGRO

Largas ceremonias de dioses en la cima del Cerro Negro.
Por el despeñadero ascendíamos en búsqueda de lo inefable,
hacia la punta más aguda de la conciencia.
Pocos lograban llegar a las alturas,
pocos conseguían vibrar escuchando el intenso sonido
de caracolas marinas agitado por el espejismo del viento
rumbo a despobladas ruinas que apuntan al mar o al desierto.
Desde lo alto del Cerro Negro viaja cruda la pregunta,
viaja el tiempo y la ceremonia de lo invisible entre un aullido
de los lobos, entre ladridos de perros.

*Piedra y arena.
Este lugar lo habitan
pensamientos.*

CRUZAR EL BOQUERÓN

Cruzar el boquerón era el gran reto.
Pocos lograron atravesar el estrecho sendero
de sus altas paredes de sal.
Cuentan que antaño encontraron cuerpos flotando a la deriva,
seres extraños descansando
bajo el silencio más oscuro de sus aguas.
Su arquitectura imponente,
como un torreón hecho de sombras, desbordaba:
hambrientos lobos de mar, pulpos, bufeos,
merluzas en un paraje pleno de cantos, colores
y un intenso aroma destellante.
Bordeado de peñas y espigones se extendía el arrecife,
esculpido por olas y la luna reposando entre estrellas.
Cruzar el boquerón era el gran reto.
Repetíamos una tras otra esa sentencia
junto al bosque marino cantando su extensión.
Por eso, ahora, recorreremos la sensación de lo indecible,
perdidos en lo más oscuro de esta gran ciudad
poblada por bocinas ensordecedoras
y presencias que nos acercan y nos alejan.

*Horadando peñas
el mar edifica
templos de luz.*

TEMPLO DE CARACOLES

La transparencia del agua
nos invitaba a desvelar un mundo sumergido.
Colores y texturas cambiaban con el movimiento de la mirada,
hasta perderse en el más oscuro silencio.
Internarse en el brillo de sus cristales era recorrer otros sonidos:
un palacio de corales, conchas, piedras luminosas,
diluidos por movimientos de algas y peces camuflados.
Todo parecía distinto en ese universo de espejos.
Rayas y lenguados ocultos en la profundidad,
por donde juega la marea surcando distintos recorridos
de un paisaje inconcluso.
Casi todas las mañanas ingresábamos
al profundo templo de los caracoles,
desnudando sus corazones
que uno a uno depositábamos en bolsas de yute
reflejados por un azul intenso.
Luego caminábamos presurosos por la orilla,
sosteniendo nuestro codiciado botín
al que luego traducíamos en manjar.

*Aún cautivos
los caracoles destellan
azul profundo.*

EL PADRE ROMAÑA

El padre Romaña iba los sábados desde Lurín,
a celebrar la misa semanal. Vestíamos los mejores atuendos
que el verano tejía para la hora de la consagración.
Discursos memorables incitaban a la meditación
que con asombro comentábamos después de la eucaristía.
Yo aguardaba en la parte posterior de la terraza,
escuchando la campanilla que algún parroquiano hacía resonar,
atendiendo en las palabras del sacerdote,
frases que no podía responder.
Después salíamos al malecón en busca de aire fresco
y breves conversaciones.
Nunca olvidaré el momento en que te vi por primera vez,
destellando esa extraña y dulce melodía
que hasta ahora logro tararear.

*Noche de verano:
tu silencio apaga
mi silencio.*

PANCHITO, EL PESCADOR

Remendando redes y limpiando las escamas de los peces,
Panchito, el pescador, cantaba tangos.
Su sonrisa formaba parte de las olas,
y de sus palabras brotaba el candor de un viejo navegante,
reflejando en sus ojos el silencio más profundo del océano.
Merodeaba por la playa afilando su cuchillo en las peñas,
desollando lenguados, corvinas, tollos, pintadillas.
Almorzaba en mi casa los fines de semana relatando cuentos
que nacían en el puerto, extendiéndose hacia alta mar.
En las noches de carnaval nadie bailaba como él, nadie piropeaba
a las muchachas con arrogancia, coqueteo y graciosa picardía.
“Mi música es el oleaje de la marea que sube y baja”,
repetía entre sorbos de pisco,
mientras continuaba recitándonos su vida
que repentinamente transformaba en canción.

*Deambulando
a lo largo de la playa
cantos de alta mar.*

TÍO ANTONIO

“Tengo tanto y nada; y si tengo algo que decir, no tengo nada;
y si tengo la palabra, no tengo el tiempo para hablar, pero tengo todo;
y sin la nada y el tiempo no puedo nombrarte
y, por lo tanto, nada tengo”,
decía el tío Antonio, después de su último trago.

*De tanto y nada
se tambalean
las palabras.*

CANCIONES Y ACERTIJOS

Manolo tenía la sabiduría quebrada por una carcajada.
Entre tartamudeos nos ilustraba en literatura, álgebra, lógica,
reflexiones astronómicas y juegos de azar.
Los lunes: días de lectura; preguntas metafísicas
casi inoportunas sobre textos filosóficos, que ni él podía resolver.
Los martes: apreciación musical con la tía Chita
escuchando el girar de los discos como gira la luna.
Después, jugar con el balón, como malabaristas, disparando
al portero que cuidaba su valla construida por remos de chalanas.
Y más tarde: canciones, acertijos, charadas, trabalenguas.
Ocultos en los arenales encendíamos nuestros primeros cigarrillos,
temiendo ser descubiertos por alguna sombra delatora.
En cada casa tañían campanas con sonidos diferentes, invitándonos
al almuerzo perseguidos por las cariñosas reprimendas de mamá Adela.
Vivíamos protegidos por la imaginación y la incertidumbre,
escuchando cuentos de terror que nos impedían dormir.
El motor de kerosene, que Fortunato encendía, iluminaba
nuestras literas hasta cerca de medianoche.
Entonces empezaba a brillar un viejo candil dibujando el perfil
de nuestros rostros hacia la danza de las constelaciones.

*Viejo candil.
La oscuridad parpadea
en la sombra.*

JUEGOS DE MEDIANOCHE

Los cubiletes golpeaban la mesa mezclada por el humo y el azar.
“Cinco quinas, seis cenas, ocho trenes, nueve dones,
cuatro ases, ¡dudo!...”, gritaba don Fernando.
Sonaban las bolas blancas y rojas del billarín,
en perfectas circunferencias sobre el paño verde.
El amanecer se nublaba, embriagado por largas conversaciones
y anécdotas recurrentes que desempolvaba el tapete azul.
En aquellas madrugadas amanecía el sol esbozando
palabras inconclusas y desarticuladas.
Nos levantábamos rodeados por copas vacías de martinis,
vasos de whisky y un bosque de botellas de cerveza.
La sobremesa se extendía hasta lo más prolongado del atardecer.
Después, los carros desaparecían por la ruta del horizonte
hasta el siguiente fin de semana,
cuando retornaban con nuevas ocurrencias
a poblar la risa y agitar nuestros ingenuos corazones.

*Madrugada:
por la orilla se escuchan
¡risotadas!*

III

ESCONDIDO EN UN PEÑÓN

Esperaba escribir un cuento en el agua acerca de la sonoridad de los pantanos, acerca del sonido del sol. Rodeado por zumbidos de moscas, espantaba la mañana sofocada por el calor. “¿Quién soy?” preguntaba a la conciencia. “¿Quién eres?” respondía la duda, alejándome cada vez más. La poesía hace uso de la palabra como vehículo de verdad y se desnuda en la boca entre el canto de las aves. No sabía que alejándome hacia los montes vería con mayor claridad la luminosidad respirando dentro de mi cuerpo. No sabía que escondido en un peñón escucharía a las sombras hablándole al misterio. Paseando por el atardecer sentí la brisa alejándose como voces que alguna vez tocaron tu piel y lavaron tu cuerpo. Por eso sigo preguntando a la conciencia: ¿quién soy? Y la duda no responde, alejándose cada vez más.

*Las ideas corren
mas mi escritura es lenta:
reflejos en el agua.*

HACIA LA MAR

Los pescadores salían a la mar desenredando aparejos
que tendían en el vientre del océano.
Cerros grises y empedrados yacían altivos, y de sus faldas
descendían pelícanos, patillos, piqueros,
camino al destierro de las peñas.
Erizos, estrellas, lapas, agonizaban pegadas entre rocas calcinadas
por el sol y pequeñas gaviotas desnudando el infinito
que desciende de las cumbres al oleaje constante y repentino.
Desde la fauna marina resonó una voz como el gemido sordo
de un extraño viento surcando las venas de la orilla.
Y un cuerpo herido volvió a estremecer el firmamento
hacia la pregunta de los ángeles perdidos.

*Arena dorada:
el silencio de los cuerpos
descalzados.*

REPOSO DEL OCÉANO

Descendió de los farallones un sinnúmero de aves
picoteando la luz envenenada.
No sé si el amanecer era amanecer
o el traspasar de una sombra a otra.
Un sonido transformó en bullicio el universo
y sólo la escarcha y las heladas fueron palabras a pronunciar.
Entre millones de ojos, la luz decantó el alba
y crujieron los ausentes corazones
que curan la desdicha con la calma.
El tiempo agonizaba como el parpadeo de una frase
hacia la oración interminable de desconsolados cuerpos.
Pero el grito penetraba fósiles,
ballenas, peces gigantes e intrépidas aves,
ahí por donde escuchamos los crujidos de un temible agujero.

*Hacia el misterio
del océano, se desprenden
los piqueros.*

LOS ACANTILADOS

Al agua le dolían las pisadas de fugaces gaviotas
ahuyentadas por el tiempo.
Volvían barcas lejanas a dormir junto al atardecer,
desnudando la palabra que bendice la mañana.
Las peñas salpicadas por las olas extendían el quejido
de la marea y su grito se desvanecía
con la niebla constante que habita los acantilados.
Aves blancas y negras girando en perfecta armonía
volaban hacia el destierro desnudando
esa extensa imagen que congrega la luz y la sombra.
Ahí nacieron las voces fatigadas de los dioses,
ahí durmió mi piel labrada por el sol,
como una mano que te oculta y te abraza.

*Lentamente
la noche se acodera
entre las barcas.*

EL ECO

Un eco de polvo se escuchó en las altas cumbres,
que moría con el atardecer y la pregunta no resuelta.
Miraba el océano cada vez que pronunciaba tu nombre
y el misterio fugaz repicando hacia el silencio.
La brisa de la orilla envolvía mi corazón roto, agujereado,
pensativo, y era la palabra sin respuesta
la única verdad que al sentirla se desvanece.
El eco de polvo volvía sobre mí durante las madrugadas:
un viento enfermo que no te deja respirar,
como un pájaro muerto
que al abandonarse te despierta.
Entonces se detuvo una voz bajo esa luz descascarada
encendiendo toda la ensenada.

Breve estruendo.

Despierto aún escucho

mi propia voz.

CANASTO DE PECES

Traigo en un canasto de peces un libro escrito por el mar.
Sílabas tendidas a lo largo de la orilla,
limpiando con precisa pulcritud las escamas ocultas en las peñas.
Un olor extraño a santuario quebrado entre huellas de arena,
como si fuera el misterio golpeando continuamente la mente
de un sol tímido alumbrando el pensamiento de una piedra agonizante.
Traigo en un canasto de peces un libro escrito por el mar,
un oleaje oculto en mis entrañas.

*Sobre el camino
los canastos desparraman
gotas de luz.*

DETENIDO

Detenido, junto a las olas que despiertan,
arrinconó el paso de los años y esas palabras
que hieren los sonidos y el mar que se agranda
en las olas que pasan y pasan resonando bajo la piel,
mientras las piedras golpean la brisa y el recuerdo
de los nombres fatiga el cuerpo de la niebla
que despierta entre las peñas cuando miro el mar
entre los años, detenido.

*Entre la niebla
viaja una ola
que nadie ve.*

JUGANDO CON GUIJARROS

Multiplicaré las piedras haciéndolas resonar
como quien compone una canción que jamás escucharás.
Jugando con guijarros limpiaré el horizonte
que baña mi cuerpo
y hablaré de sonidos imperfectos a lo largo de la orilla.
Ensuciaré el cielo con la mirada más inocente
y no preguntaré a nadie sobre nada,
porque mi corazón es la eterna duda
que golpea contra los arrecifes el destino de la niebla;
porque soy yo el que duerme sobre la arena,
rozando la textura y el resplandor de la madrugada;
porque soy yo el que te habla, el que te grita,
y no puedes responder.

*Por el acantilado
vaga el destino
de la niebla.*

IV

PUERTAS Y VENTANAS

Abrir puertas y ventanas:

La luz del amanecer entre gritos de gaviotas y el sonido
descolorido de las barcas que suavemente
golpean el embarcadero.

Cerrar ventanas:

El silencio de un dios enjaulado que despierta
desnudando sombras y el perfil de la ensenada.

Abrir ventanas:

Cientos de peces varados en la arena por las aguas
cubriendo pulcramente el brillante resplandor de las escamas.

Cerrar puertas:

Mi madre sacudiendo la mañana, sacudiendo el polvo
que se enreda en su piel, y su voz como una campana
resonando por todo el litoral.

Abrir puertas:

Los niños preguntando al mar por su extensión,
cantándole a las olas,
a los ojos de las piedras, cantándole a la duda,
cantándole a la luna.

Cerrar puertas:

Las horas oscuras de mi padre entre el intenso olor de las peñas
y esa cueva por donde la noche permanece detenida, bostezando
como puertas que se abren y ventanas que se cierran.

*Puertas y ventanas:
sólo algunas guardan
secretos.*

ENSUEÑO

Soy parte de las algas sucias abandonadas en la orilla
envuelto en un hedor que va destiñendo mi palabra
y me vuelvo sol y salto sobre las estrellas que me gritan
sobre las rocas navegando y se hunde el aliento del ahogado
y no puedo salir a la superficie y tiemblo cada vez más
mirándote con espanto y siento el golpe de tu rostro
lacerándome la frente, sujetando tus manos y no puedo tocarte
ni observar el cielo y me revuelco sobre mi almohada tratando
de respirar y alguien me vuelve a gritar y su grito es de sal
y desconsuelo y las conchas que suenan me ensordecen
y no puedo controlar una avalancha de tierra y plumas
que trae la *paraca* que sopla y sopla en el arenal que me cubre,
que me tapa y no entiendo tu respuesta porque no tiene pregunta
y gimo y me agoto luchando entre ángeles cansados
que me zamaquean y me despierta un cristal que se quiebra
y es la voz de Emilia arrullándome con su ausente corazón.

*Es aquí donde te dejo
invisible punzada
de la noche.*